

# NEW LEFT REVIEW 137

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2022

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS      Cinco guerras en una      7

## ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN      El mundo y la izquierda      25

FRIGGA HAUG      Recuerdos de aprendizaje      83

FORREST HILTON Y  
AARON TAUSS      Colombia en la encrucijada      95

EDWARD KING      La novela histórico-mundial      139

## CRÍTICA

ANAHID NERSESIAN      El librero de la libertad      155

SAUL NELSON      Realidades opuestas      163

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## RECUERDOS DE APRENDIZAJE

**S**ERÍA FÁCIL HACER una serie de observaciones sensatas sobre el aprendizaje con las que todo el mundo estaría de acuerdo<sup>1</sup>. Que es útil y necesario, que puede ser gratificante pero exige una enorme cantidad de trabajo duro, que es un proceso que dura toda la vida, que aunque los animales también pueden aprender, el aprendizaje es un proceso esencialmente humano... En medio de estas afirmaciones una se encuentra en un jardín bien cuidado, caminando sobre senderos especialmente diseñados de manera que no se aplasta nada ni hay espinos que te puedan arañar. No hay ningún desacuerdo ni objeción. Sin embargo, si la dejo flotar en mi cabeza, la palabra «aprendizaje» provoca una profunda sensación perturbadora. Va unida a recuerdos de órdenes y de intentos de obediencia, de fracaso y disgusto, de culpa. Almacenados bajo ese término hay sobre todo recuerdos de tiempos en los que no logré aprender lo que debía o quería. Recuerdos de incapacidad, rechazo y bloqueo.

Por ejemplo, el aprendizaje de la lectura en el primer año de primaria. La práctica de la lectura se establecía como deberes para casa y se presentaba como un objetivo inalcanzable frente a una tarde soleada. Nos daban una cartilla y yo me quedaba mirando unos caracteres, cuyos nombres conocía y me esforzaba por encontrar algún significado en su yuxtaposición que pudiera ser verbalizado o entendido. No funcionaba. Las letras permanecían tenazmente inaccesibles; dos caracteres

---

<sup>1</sup> Este texto es un extracto editado de *Die Unruhe des Lernens* de Frigga Haug, Hamburgo, 2020, 2ª ed. Traducido y publicado con el amable permiso de Argument Verlag.

juntos no significaban nada, mucho menos tres o más. Me desesperaba durante lo que parecían horas frente a las curvas y los trazos; no ayudaba el que fueran tan grandes y de brillantes colores. «No es que sea tonta», le decía mi madre a mi tía que venía especialmente para ayudar, «simplemente es una obstinada cabezota». Esa palabra, *verbockt*, utilizada en innumerables situaciones en las que yo no aprendía nada, era otro nombre para el rechazo. Tenía que quedarme en casa mientras mi hermana y mis hermanos podían salir a jugar. Mi tía me leía las palabras pero yo las olvidaba, sobre todo olvidaba las conexiones entre determinados signos y las palabras. Quería salir a jugar. No era justo imponerme unas cosas sin sentido que no podía aprender. «Algunos niños ponen su cartilla debajo de la almohada mientras duermen», decía un vecino. «Cuando se levantan por la mañana pueden leer». Comprendí inmediatamente que eso eran supersticiones sin sentido así que nunca hice la prueba.

En algún momento las letras se convirtieron en palabras, y este proceso se debió transformar decisivamente en una actividad que se podía querer practicar. En un estudio del aprendizaje sería importante tomar nota de esto. Pero no recuerdo esa parte del proceso, solo y exclusivamente el tiempo del fracaso.

Entonces, ¿el aprendizaje es algo que solamente puede comprenderse y verbalizarse en el presente, cuando el objetivo todavía no se ha alcanzado, cuando las estrategias y esfuerzos propios todavía tienen que desarrollarse y que por ello se nombra y recuerda como una experiencia negativa, como un aprendizaje no exitoso? ¿No podemos sacar nada de nuestra propia experiencia del aprendizaje como una ocupación, que de hecho incluye los simples procesos diarios de aprendizaje exitoso?

No puedo creer eso. *Conozco* la curiosidad y el deseo de aprender, así que tengo que tener recuerdos –por muy profundos que estén enterrados– de experiencias positivas de aprendizaje. Pero, ¿a qué se debe ese enterramiento? ¿Por qué unos cuantos recuerdos arrojan semejante sombra sobre el término, cuando comprendo muy bien por qué se reconoce al aprendizaje como un bien social? Pensemos entonces en otras experiencias.

Yo no podía lanzar una pelota. Así que tenía que aprender, porque era uno de los juegos que hacíamos una y otra vez durante las clases de educación física. Pero esto no se limitaba al colegio. Lanzar era útil para un montón de cosas más: hacer que las piedras saltaran sobre el agua,

por ejemplo, o lanzar un palo para que lo cogiera un perro. Por eso matizo una conclusión demasiado apresurada: vincular la incapacidad de aprender con la escuela. El aprendizaje como experiencia negativa puede encontrarse no solo en prácticas institucionales y por ello externamente determinadas, sino también en otras que son gratificantes, lúdicas y libres. Durante años traté inútilmente de aprender a lanzar: mis músculos se tensaban y la pelota caía a mis pies, o le daba al perro que esperaba a pocos metros dispuesto a saltar. Observaba con envidia y desesperación los largos y elevados arcos trazados por las pelotas que lanzaban otros mientras volaban por el aire. Ningún premio, promesa o esfuerzo ayudaba; simplemente no podía aprender. Acabé reconciliándome con no poder lanzar cosas y, a diferencia de la lectura, sigo sin saber hacerlo.

¿Quizá entonces solo tenga sentido hablar de aprendizaje en contextos donde dominar determinadas prácticas requiere dar tus propios pasos y seguir tu propia estrategia, adquiriendo conscientemente los conocimientos y enviando al reino de las ilusiones la esperanza de un aprendizaje gratificante y feliz? El aprendizaje quedaría unido a la formación y sería necesario diseñar los mejores programas y mejorar constantemente los existentes para lograr el mayor éxito posible. Las capacidades se adquieren mediante una intensa práctica, el camino es pedregoso, recorrerlo es duro y solo es posible hacerlo mediante una compulsión interna o externa. Es bueno empezar pronto, cuando la gente es más maleable. Adquirirlas mientras se es joven, como dice el refrán.

¿Significa esto que todo lo que una aprende a través de una actividad placentera, sobre la marcha, sería de tan poco interés para una teoría del aprendizaje como las insidiosas rutinas de clasificación y subordinación que produce la vida en la sociedad actual? No estoy convencida de ello. Pero es frustrante que sean mayormente las experiencias negativas del aprendizaje las que vienen a la cabeza y que el estímulo real para aprender quede borrado de modo que no pueda aprender de él otra vez. Daré un ejemplo de tiempos posteriores para asegurar que no existía una cierta relucencia infantil a adquirir una habilidad. Como estudiante y sujeto racional, asumo que realmente quería aprender.

El recuerdo es como una pesadilla. Estoy en un seminario. Todo mi ser está tan evidentemente centrado en pasar desapercibida que resulto llamativa. Nadie debe darse cuenta de que yo no sé absolutamente nada,

de que apenas entiendo algo –realmente nada– de lo que debería, que no he leído los textos a fondo: no era capaz de hacerlo, porque no me decían nada. Y aquí estoy en un seminario avanzado, incluso aunque solo sea mi tercer trimestre, porque conseguí dar la impresión de que era lista y ambiciosa. Sin embargo, de repente, estar aquí parece menos un gran éxito que una trampa que me he tendido yo misma. Escribo por lo menos cuatro artículos por cada semestre y también estoy trabajando duro, pero cada vez más tengo la impresión de estar representando algo, de nos ser nada, y así de tratar en vano de conseguir algo que aprender.

Febrilmente trato de pensar alguna pregunta que hacer. Esa parece ser la primera expectativa: que los estudiantes hagan preguntas y demuestren así su entendimiento, interés y sed de conocimientos. Simplemente tengo que pensar una pregunta antes de convertirme en el centro de atención y todo el mundo vea que no tengo nada que preguntar. Me siento en medio de los otros estudiantes, casi todos hombres, lo que significa que no me maravilla que todos parezcan tan dispuestos y capacitados. Se sientan, tensos como arcos, y hacen una pregunta tras otra; pronto hay una larga lista de ellos esperando para hacer sus preguntas y si no incluyo mi nombre no volveré a otra sesión de estas. Cada una de sus preguntas forma parte de un torbellino de conocimiento. Referencias cruzadas, nombres, citas; querría poder presentarme con algo tan inteligente.

Doy el paso, soy la octava de la lista y me hundo en una tensa y horrible espera, deseando que no llegue mi turno pero sabiendo que inevitablemente lo hará. Construyo frases elegantes y cultivadas en mi cabeza, borrándolas y empezando de nuevo otra vez hasta que la pregunta –inevitablemente breve– toma la inconfundible forma de algo realmente importante, inteligente y lleno de erudición, pero que no deja ver que no se origina en mí; una pregunta que no se hace en busca de una respuesta sino que está dirigida a sonar en la habitación y mostrar que proviene de mí. Que me haga aparecer bajo una luz brillante para otorgarme el reconocimiento general y las muestras de aprobación: que muestre mi relevancia. Se acerca mi turno y me doy cuenta de que esta es una discusión y de que yo llevo un rato sin escuchar lo que se ha dicho. Cuando finalmente me llaman para que haga mi pregunta no tengo ni idea de si seguirá teniendo sentido y por eso ahora, precisamente ahora, reconsidero el sentido y significado de la pregunta y empiezo a tartamudear. Todas esas frases bien formuladas que había memorizado han

desaparecido. Hablo en medio del silencio inmóvil y vacío y me reclino dándome cuenta de lo rígidamente que he estado inclinada hacia adelante, y me quedo amargamente decepcionada cuando mi pregunta, una pregunta que ni siquiera recuerdo, no se toma en cuenta ni recibe ninguna respuesta. Todo el esfuerzo ha sido en vano.

Otro ejemplo de aprendizaje en un espacio institucional, otros recuerdos de inseguridad, vanidad y falsas ilusiones; el intento de abrirse camino en el mundo, como se esperaba, pero ningún recuerdo real de curiosidad, del deseo de aprender, del estudio como privilegiada oportunidad de explorar el mundo. Más que a cualquier otra cosa, de nuevo los recuerdos van unidos al fracaso. Como por casualidad, las críticas del entorno del aprendizaje, la burla de las palabras vacías, del significado producido por decreto, otros estudiantes, todo mezclado en los recuerdos; pero estos son solo gestos, ya que los recuerdos no registran la voluntad personal, las preguntas reales ni cualquier aumento del conocimiento. El aprendizaje parece estar atrapado entre los deseos individuales que todavía no se conocen y las instituciones sociales cuyo significado objetivo permanece cerrado, una excursión a un país extranjero. Cambiaré una vez más el entorno del aprendizaje, alejándome del orden institucional y la posible heteronimia para recordar una experiencia de aprendizaje autodirigida en la edad adulta.

Los ordenadores llegaron tarde en mi vida. Cuando los PC se convirtieron en la herramienta habitual de escritura de los intelectuales, tenía cuarenta años. Recuerdo el desesperado bloqueo que sentí cuando me senté delante de aquella cosa, mucho más grande que mi máquina de escribir. Cuando presioné el teclado no sucedió nada. Cuando finalmente aparecían en la pantalla palabras reales, después frases e incluso párrafos enteros, se desvanecían repentinamente al presionar una tecla y se perdían horas de trabajo. Iracunda, muy a menudo quería entrar de alguna manera en aquella caja para zarandearla y sacudirla, para encontrar qué sucedía en su interior. Sentarse frente al ordenador era una tortura; sudaba y tenía los músculos tan agarrotados que horas después me seguían doliendo. Anoté los pasos, las letras que significaban claves y palabras, como si fueran un lenguaje nuevo, pero siempre me olvidaba de algún paso intermedio y la máquina no seguía mis órdenes.

También fracasé en desarrollar estrategias fiables de evasión, del tipo que reconocen los intelectuales reales que solo utilizan instrumentos

anticuados como plumas de tinta, una pequeña máquina de escribir portátil o, como mucho, una eléctrica. Sabía que necesitaba aprender a manejar esta herramienta para seguir el ritmo de mi creciente hábito de escribir y estar al día. Despreciaba a aquellos que no se daban cuenta, pero no podía aprender a hacerlo. Estudiar las instrucciones no ayudaba porque se saltaban más pasos que yo misma –me parecía que muchos de manera arbitraria– y por encima de todo, porque trataban de imponerme cosas que nunca necesitaría mientras se guardaban las que me eran útiles. Era igualmente inútil pedir a una amiga que me hiciera una demostración: recorría el teclado con sus dedos haciendo aparecer y desaparecer imágenes a un ritmo más rápido del que yo podía seguir con los ojos; acabé desarrollando algo parecido al odio. ¿Por qué aquellos que sabían manejarlo no podían transmitir sus conocimientos a otros que todavía no habían aprendido?

En algún momento debí aprender a hacerlo aunque solamente fuera de manera parcial. Pero lo que todavía recuerdo son aquellas horas de ansiedad en las que mi cabeza se sentía tan curiosamente vacía. Mis recuerdos paradigmáticos del aprendizaje me remiten a esfuerzos del cerebro y del cuerpo por igual, así como a una peculiar mezcla de ambos. Se corresponden con los esfuerzos para desarrollar determinadas habilidades del cuerpo y la mente, algo que expresamos a través del concepto de maestría. Es importante superar la resistencia que surge de la falta de práctica. Hacemos una serie de intentos para tratar de alcanzar esa maestría. Entre ellos encontramos a la persona vacilante, que sabe que ella no posee las habilidades adecuadas y duda de que pueda llegar a adquirirlas. Los objetivos se conocen con claridad siempre que no estén oscurecidos en el horizonte por otros objetivos de aprendizaje, como en el seminario. Los objetivos del aprendizaje son, en parte, técnicas socioculturales, como la lectura que tiene lugar en la escuela; los objetivos en los deportes, los adquiridos mediante el dominio corporal, también son, sin embargo, herramientas de control que funcionan en el ámbito de los hábitos sociales.

Así, el aprendizaje fallido encuentra en sus comienzos una problemática que a su vez abre otros numerosos campos de investigación: la cuestión de la idoneidad del individuo para el objetivo de aprendizaje elegido, ¿puede todo el mundo aprender todo?; los estudios sobre los métodos de aprendizaje; la cuestión de la impartición socioinstitucional de las cualificaciones; el papel de la autodirección y la heteronimia en el aprendizaje, y el examen de los resultados del fracaso para los individuos, para la percepción que

tienen de sí mismos y en última instancia para su posición en el mundo. No hay duda de que el recuerdo del fracaso en el aprendizaje que perdura en la memoria influye en el desarrollo de la personalidad de cada una y en la forma y alcance de los futuros objetivos de aprendizaje.

¿Por qué no recuerdo el proceso de aprendizaje de las cosas que he llegado a dominar? Empezando por la escuela, ¿por qué no recuerdo el aprendizaje de la aritmética, que parece que realicé con facilidad, o momentos posteriores empleados escribiendo vívidas descripciones de cosas que me habían sucedido? Incluso capacidades físicas como nadar, escalar, correr, que, a pesar de mis deficiencias en los lanzamientos me convirtieron en un miembro solicitado de los equipos en educación física, no son resultados de memorables experiencias de aprendizaje, sino simplemente cosas que encajaban conmigo, una parte de mi bagaje personal.

El aprendizaje promete competencia y capacidad, pero al mismo tiempo significa una pérdida de seguridad, de ilusiones, de juicios que rápidamente se revelan como prejuicios y evolucionan hacia la autocrítica. El aprendizaje es incesante, agotador, costoso, doloroso, al mismo tiempo que permite momentos de placer instantáneo, como si una cortina colgada delante del paisaje hubiera sido retirada y todo lo que era gris y borroso en la distancia se acerca y clarifica y, en el mismo momento, se vuelve impaciente y se esfuma otra vez. El resultado es que todo territorio inexplorado que uno cree reconocer se transforma, incansablemente, en una nueva tarea de investigación. Además, constantemente se pierden compañeros de aprendizaje y por ello, para no quedarse solo, hay que convertir el aprendizaje en enseñanza, otra manera en la que se está constantemente en movimiento.

### *Otro ángulo*

¿Qué pasa entonces si tomamos la dirección contraria y enfocamos el problema del aprendizaje desde la perspectiva de la enseñanza? Por lo que yo puedo recordar, el deseo de enseñar siempre ha estado ahí. La misma palabra difícilmente se puede considerar popular; remite al educacionismo, a una actitud de saberlo todo, de rigurosidad y medidas disciplinarias. Necesito otra palabra que no tenga esas connotaciones negativas pero que sea capaz de expresar –o por lo menos de no ensombrecer– lo que se está discutiendo. Una vez más partiré de mi propia experiencia: el trabajo de la memoria.



Yo era la segunda de cuatro hermanos. Uno de mis primeros recuerdos, claro y emocionante, es el de las pequeñas reuniones que celebraba con mis hermanos pequeños. Nos retirábamos a nuestro escondite en el bosque. Allí se sentaban en el suelo a mis pies mientras yo lo hacía en el tocón de un árbol y les leía historias de *Dick und Dünn*. Una y otra vez, les acompañaba a la isla donde los animales vivían juntos en paz y amistad, hasta que la comida se volvió tan escasa que algunos tuvieron que marcharse para buscar una solución. Les leía los horrores de la ciudad, donde los animales tenían que buscar trabajo como asalariados o incluso, como el mono, como esclavos encadenados. Sufrían hambre y frío hasta que finalmente se volvían a encontrar y podían regresar a su antiguo hogar. Cuando leía, a mis hermanos siempre se les saltaban las lágrimas en los mismos pasajes, mientras yo tenía que controlar una emoción que me asfixiaba. Sin embargo, en el momento en que acababa empezaba otra vez desde el principio.

No hay duda de que disfrutaba sometiendo a mis hermanos al hechizo que ese cuento puede tener. Pero había algo más que eso. Lo realmente importante eran las preguntas que surgían y a las que encontré que podía dar una respuesta. ¿Por qué de repente se acaba la comida? ¿Por qué se congelaban los animales en la ciudad? ¿Por qué caían en manos de gente malvada? ¿Por qué, por encima de todo, había gente malvada? Yo traducía estos inacabables porqués en motivos para nuevas historias que explicaban como fracasaba una cosecha, una experiencia de mi propia vida; en historias sobre diferentes climas que había aprendido en la escuela o de las muchas formas posibles de ser malvado de las que había oído hablar o había leído. ¿Era eso «enseñanza»? Yo estaba interesada en proporcionar la entrada a un mundo lleno de preguntas, un mundo en el que sabía algunas de las respuestas y en el que estaba animada a buscar nuevos espacios por mí misma, a seguir explorando.

¿Podría ser este un potencial concepto sin las asociaciones negativas de la enseñanza y las conferencias? ¿Al querer proporcionar una introducción al mundo que hay que explorar? ¿A pensar en la enseñanza y el aprendizaje como dos cosas entrelazadas desde el principio? Pero no era tan sencillo. La historia de mi primera alumna está incrustada en mi cabeza como un doloroso fracaso.

Tenía catorce años cuando estudiando en la escuela del pueblo mi profesora de inglés me pidió que diera clases a una estudiante suya de

segundo año que se arriesgaba a suspender ese año. Yo estaba entusiasmada, no solo por ganar un poco de dinero, también porque la estudiante solamente tenía dos años menos que yo. La tarea me parecía simultáneamente ligera y pesada. Después de la escuela fui a su casa, la casa de un arquitecto. Primero me senté con su elegante madre, que tenía el pelo de color oro y que se sentaba al borde de su silla, sintiéndome bastante cohibida. Por primera vez en mi vida discutí los términos de mis horas de trabajo y mi salario –un trato unilateral que se limitó a aceptar sus términos– y finalmente me quedé a solas en la habitación con mi alumna. Estaba convencida de que ella debía ser muy inteligente para no haberse preocupado por todas las tonterías que te contaban en la escuela.

La expectación inicial ayudó a crear unas condiciones favorables para el aprendizaje. A mis ojos, la liberación de la vigilancia maternal nos había puesto en pie de igualdad. Pero «mi» estudiante evidentemente había decidido no verse implicada en esa relación bajo ninguna circunstancia. No respondía a mis preguntas, se negaba a darme los detalles de sus tareas escolares y finalmente se negaba a hablar por completo. Era inútil. Estuve intentándolo durante meses hasta el final. Las clases eran una tortura y yo estaba aterrorizada de que la madre se diera cuenta de que allí no se estaba aprendiendo nada. Completamente avergonzada aceptaba el dinero; después de todo le había echado muchas horas y esfuerzos.

Al principio su rendimiento en el colegio mejoró, así que su madre no desconfió. La verdad es que aquello no tenía nada que ver conmigo. Le preguntaba, regañaba, suplicaba, le prometía cualquier cosa bajo el sol pero todo era en vano. Cada vez más tenía la sensación de que estaba haciendo algo prohibido, incluso perverso, sentada frente a ella durante dos horas con un muro de silencio entre ambas. Finalmente no sacó el curso y perdí el contacto con ella, quedándome, sin embargo, con el problema que había acabado en mi miserable fracaso: que hay gente tan resistente al aprendizaje que prefieren romper toda la comunicación antes que ceder.

A partir de entonces me dediqué apasionadamente a impartir conocimientos y, por encima de todo, a tratar de cambiar las actitudes hacia el aprendizaje. Estaba convencida –sin haberlo pensado detenidamente– de que la naturaleza social de las personas significa que todas, fundamentalmente, aprenden con placer. Cuando no lo hacían, consideraba que eran como la princesa petrificada de los cuentos de hadas,

una comparación que hacía basándome en mis primeras experiencias posteriores como profesora en un colegio. Me puse el desafío de descongelarlas. Desde luego la idea procede de la noción de salvación, pero la imagen de la petrificación nos permite, en cuanto ampliamos las circunstancias a la que se aplica, desarrollar un proyecto de liberación que pone todas las circunstancias en marcha. Mi actuación dejó de ser un completo fracaso, pero los éxitos tampoco fueron asombrosos.

¿Podría entenderse mi pasión por la enseñanza como un constante intento de romper la resistencia al aprendizaje por medio de introducciones al mundo? Eso suena demasiado armonioso y sencillo, ajeno a las dificultades, rupturas y obstáculos que en la realidad se encuentran en el camino. Tampoco encajo realmente en esa imagen, la imagen de una persona llena de felicidad y desesperación, de esfuerzos y fracasos, excepto solo como un código, una heroína de la enseñanza. En vez de eso permitidme dar otro salto hacia delante.

Mi militancia a favor de la liberación de las mujeres empezó con grupos de lectura en los que yo daba clase. Para entonces había abandonado los estudios sin presentarme a los exámenes, me había casado, había tenido una hija, me había pasado cerca de dos años como ama de casa y madre, había vuelto al ambiente universitario, me había divorciado y vuelto a casar, y había acudido al primer encuentro del nuevo movimiento feminista en Berlín, dubitativa y llena de preguntas. Al tercer encuentro ya me parecía que el planteamiento que se estaba discutiendo y definiendo –la clase de acción que se planeaba y la manera de implicar a todas a través de algo parecido al liderazgo– no conducirían realmente a la liberación de las mujeres.

Para que todas las mujeres pudieran participar, todas tenían que tener los suficientes conocimientos del mundo y de la fuente de la opresión de las mujeres para así poder trabajar por su definitiva abolición. Ya que yo no tenía ninguno de esos conocimientos, era necesario crear un grupo de aprendizaje para hacer una investigación. De nuevo seguí la idea de que todo el mundo podía aprender todo y que era solamente cuestión de encontrar el marco adecuado que lo hiciera posible. Yo quería contribuir con el conocimiento avanzado que había ganado con el estudio, por encima de todo el que había aprendido del marxismo como ciencia de liberación. Me convencí a mí misma, y a la mayoría de las otras mujeres, de que había que dividir el Consejo de Acción –como se había bautizado

al grupo de Berlín— en una multitud de grupos de aprendizaje y que los encuentros semanales debían transformarse en reuniones donde se discutieran los problemas del grupo, además de preparar acciones colectivas a través de las que sería posible encontrar nuevos miembros y grupos. El experimento fue un éxito y duró diez años. Quizá la cuestión, cuando se trata del tema de la enseñanza y el aprendizaje, es reconocer que no puede expresarse en términos de la enseñanza como algo impuesto desde arriba y el aprendizaje como el destino de los que están abajo. Más bien hay que comprender la dimensión política. Enseñar puede entenderse entonces no solo como el intento de descubrir a otros posibles caminos del mundo, sino también de encontrar compañeros para la lucha por cambiarlo.

# ≡≡≡ SIDECAR ≡≡≡

## EL SALTO

La porra del sereno

---

ALBERTO TOSCANO

---

El fascismo a cien años de la Marcha sobre Roma.

Worstward Ho?

---

TARIQ ALI

---

El desastre del Partido Conservador británico.

¿Resurgimiento turco?

---

CIHAN TUĞAL

---

El anhelo turco de convertirse en gran potencia.

Capitalismo científico

---

MARCO D'ERAMO

---

Premio Nobel y *start-ups*.

Mike Davis,  
*in memoriam*

---

JOANN WYPIJEWSKI

---

Daguerrotipo de un luchador.

Nosotros y ellos

---

CHANTAL MOUFFE

---

Hipótesis para un populismo de izquierda.

Vectores de inflación

---

RADHIKA DESAI

---

Financiarización e inflación.

Derrocamiento en Burkina Faso

---

RAHMANE IDRISSE

---

Inestabilidad en plena crisis del Sahel.

Starmer v. Corbyn

---

DANIEL FINN

---

De los usos políticos del antisemitismo.

Los parias de Suecia

---

LILY LYNCH

---

La extrema derecha sueca entra al gobierno.

Trussonomics

---

JAMES MEADWAY

---

Capitalismo de suma cero.

En torno a Godard

---

FREDERIC JAMESON

---

La radicalidad de Godard en el momento presente.